

APARIENCIA Y REALIDAD EN LA VIDA DEL HOMBRE

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Luis Pinillos Díaz *

Señor Presidente, señores Académicos:

Como me imagino que le ocurre a mucha gente, con el paso de los años voy dándome cuenta cada vez más de lo mucho que ignoro, pero sobre todo de los errores o de las insuficiencias de lo que creo saber. Esto ocurre no sólo en planteamientos teóricos complejos, sino con palabras que uno usa normalmente, sin dudar de su significado. El vocablo “realidad”, vaya por caso, es una palabra de uso habitual, cargada de cierta autoridad, a la que solemos apelar para confirmar la existencia de algo concreto, que no es una mera fantasía, o a lo que se opone alguien. La cuestión es, sin embargo que cuando intentamos definirla se volatiliza, se desliza como el agua entre los dedos. La realidad es algo de lo que todos vamos tomando conciencia a medida que crecemos y chocamos con lo que no somos nosotros, pero eso es una experiencia connatural, de la que no nos hacemos problema, no un conocimiento.

Las ideas o pensamientos sobre la realidad que podamos tener el común de los mortales, salen a relucir sobre todo cuando queremos apoyarnos en la autoridad de esta palabra frente a las supuestas fantasías o errores que sostienen nuestros interlocutores u otras personas. El adulto que pone en duda su existencia o la del mundo alrededor, o es un filósofo o un creador, o es alguien que necesita ayuda psiquiátrica, porque realmente siente que la realidad se aleja de su vida, oye voces

* Sesión del día 13 de febrero de 2007.

o tiene otros síntomas psicóticos. Estas ideas de andar por casa que a veces se nos ocurren a todos, pueden ser más o menos acertadas, pero carecen de todo rigor en cuanto alguien reflexiona sobre ellas. En una ocasión en que se hablaba de la realidad, el psicoanalista francés Jacques Lacan, hizo una observación de esas que le dejan a uno sin habla. Lacan solo dijo: "*Réalité oui, mais pa'tout*". Realidad sí, pero no toda. Podía haber añadido también y no sé si lo hizo: "*Réalité oui, mais pa'la même*". Realidad sí, pero nunca la misma.

Real es todo lo que existe, un infinito del cual sólo conocemos una porción mínima, que además varía con el tiempo, porque cambian las cosas y nuestra manera de ver las cosas. De contar con la palabra apropiada, que nunca existió en griego, en lugar de decir que nadie podía bañarse dos veces en la misma agua, Heráclito hubiera dicho que nadie podía vivir la misma realidad dos veces. Eddington, en *The Nature of the Physical World*, llegó a sugerir que físicamente la realidad tenía más que ver con el tiempo que con el espacio. A esta observación habría que añadir también que, aunque la apariencia suele tomarse por lo contrario que la realidad, no siempre es así. Hay veces en que es la realidad la que se toma por aparente. Como probablemente todos ustedes, yo he vivido esa experiencia alguna vez. Les hablaré de algo de lo que fui testigo cuando estudiaba Filosofía en la Universidad de Madrid, en la primavera de 1945.

I. EL IMPOSIBLE METAFÍSICO DE UN FRAILE

Nuestro profesor de Cosmología era un fraile joven, que daba la impresión de saber lo que decía. Un día dedicó la clase a demostrar que la bomba atómica, de la que ya se hablaba entonces, era un "imposible metafísico". Creo que más o menos lo que vino a decir es que el infinitésimo *quantum* espacial de los electrones no podía albergar la carga necesaria para hacer explotar una bomba atómica. No acabé de coger la idea, pero la verdad es que tenía que preparar un examen y no volví a pensar en el asunto.

Pocos meses después, corrió por el mundo la horrible noticia. Hiroshima había sido medio borrada del mapa en un instante y su población más que diezmada por el imposible metafísico que había lanzado sobre ella una fortaleza volante americana. Fue horrible, unos 60.000 muertos en un momento, pero tampoco era manca la inopia en que vivía nuestro querido profesor. Pensé que es lo que a la postre había esperar de una cosmología aristotélico-tomista (más bien tomista que aristotélica) a mediados el siglo XX. Al año siguiente terminé la Licenciatura con un Premio Extraordinario fin de Carrera, que no tengo más remedio que citar porque fue uno de los méritos que me ayudó a poder ampliar estudios de psicología, primero en Alemania (1949-50) y después en Inglaterra (1951-1953).

Un día, mientras leía el famoso libro de Eddington sobre *La naturaleza del mundo físico*, me acordé de nuestro cosmólogo. Se me ocurrió que quizá al leer la descripción de las dos famosas mesas que hacía Eddington en su libro –la mesa familiar y la científica–, nuestro profesor pensó que le escasísima sustancia o materia sólida de esta última sería incapaz de albergar el explosivo que necesitaba una bomba atómica para estallar¹. Vaya uno a saber. Pero lo que sí quiero subrayar es que en el capítulo XIII del libro de Eddington, encontré una serie de críticas a la idea de realidad, pero sobre todo una que se refería a *la imposibilidad de lograr una visión científica de la realidad susceptible de ser considerada como la casa del hombre*. Tengo la impresión, concluía el autor, de que todo intento de responder a la pregunta ¿qué es lo real?, en un sentido mas amplio que el adoptado por la ciencia para propósitos domésticos, es como tener que elegir entre palabras vanas y epítetos altisonantes. No estuve de acuerdo entonces.

II. UNA EXPERIENCIA PERSONAL A PASION POR LA VERDAD

Así las cosas, llegó el momento de volver a España, y la realidad que encontré en ella era muy distinta de la inglesa, pero también de la que yo había dejado en 1949. Durante mi ausencia, el clima político de la Universidad española se había ido encrespando y se me ocurrió que no estaría mal hacer una encuesta en la Universidad de Madrid para tener una visión más objetiva de lo que estaba pasando. Expuse mi proyecto a dos catedráticos conocidos y la respuesta de ambos fue prácticamente la misma: “Ni se te ocurra intentarlo”.

No me desanimé. Yo estaba empeñado en averiguar lo que pasaba en realidad y de verdad en la Universidad, y decidí que si no podía hacer la encuesta oficialmente la haría por libre. Hablé con la gente de mi grupo de trabajo, y la respuesta fue entusiasta. Incluso una chica del grupo dijo que ella se comprometía a que la encuesta pasara desapercibida, y cumplió su promesa. Hicimos la encuesta según el método de Daniel Katz y Kenneth W. Braly, muy en boga entonces y fácil de responder, tratamos de evitar todos los sesgos y defectos propios y redujimos los temas de fondo a cuatro cuestiones básicas.

- Competencia de las jerarquías políticas
- Competencia de los altos mandos militares
- Situación de los profesores de Universidad
- Y moralidad de las jerarquías eclesiásticas

¹ SIR ARTHUR EDDINGTON, *The Nature of Physical World*, Cambridge University Press, 1927.

Tal como había prometido nuestra pitonisa, el lío que había para repartir las aulas de prácticas permitió una tarde que la encuesta pasara sin llamar la atención. Cuando terminamos de recoger los cuestionarios, me los llevé a un lugar seguro, donde alguien de confianza se encargó de puntuarlos. Tardó varias semanas en hacerlo y como van a ver, los resultados no fueron precisamente positivos para el Régimen.

- 80% de respuestas negativas para la competencia de las jerarquías políticas.
- 90% de respuestas negativas para la competencia de los alto mando militares.
- 67% de los profesores se quejó de no haber tenido maestros.
- Y un 50% de las respuestas fue positivo para la jerarquías eclesiásticas.

En una estimación conservadora, aproximadamente el 60% de los estudiantes consultados se opuso decididamente al Régimen; un 20% le apoyó, y el otro 20% se mostró políticamente indiferente.

Envié una copia del informe al Ministro de Educación Ruiz Jiménez, por si le servía de algo. Me dijo por teléfono que la encuesta era pésima. Le contesté que si nos daba dinero le haríamos una mejor y contesto: *¡Ah eso no, eso no!* En fin dadas las circunstancias, lo que hice por si acaso, *just in case*, fue enviar una copia del informe a mi amigo Rafael Sánchez Mazas, que tenía una buena relación con el PSOE. Me encomendé a la Divina Providencia y seguí con mi trabajo habitual, a la espera de ver lo que pasaba.

Pasó el 4 de Enero de 1956, cuando en casa íbamos a sentarnos a la mesa para almorzar. Sonó el teléfono y una especie de basilisco me preguntó a gritos que si yo era José Luís Pinillos. Le dije que sí y entonces de muy malos modos me dijo que si sabía lo que había echo al pasar al *New York Times* esa sarta de mentiras que llamábamos encuesta. Respiré al saber que la encuesta se había publicado nada menos que en el *New York Times*, y entonces le dije que sí, que yo era José Luís Pinillos, que había dirigido la encuesta y que los resultados respondían fielmente a lo que había escrito los estudiantes. Como el hombre empezó de nuevo a desbarrar, le dejé con la palabra en la boca y colgué. Ya a última hora de la tarde la noticia empezó a correr por Madrid, y me llamaron algunos amigos para ver cómo estaba.

Al día siguiente me reclamaron de Inglaterra, pero como me habían retirado el pasaporte me quedé en casa a la espera. En todos los interrogatorios contesté lo mismo. Que de lo que en el fondo se me acusaba era de haber hecho una encuesta de acuerdo con las reglas del juego, esto es, correctamente. La encuesta se reprodujo en la prensa mundial, fue comentada en revistas como *Times*, *Newsweek* y otras, excepto en España, donde no se publico durante el franquismo,

ni después. Fue Don Indalecio Prieto quien, en *El Socialista* que se publicaba fuera de España y en unas memorias suyas, tuvo el detalle de comentar mi trabajo. Se lo he agradecido siempre.

Paso algo así como un año, y en vista de que en España no aparecían huellas de una supuesta conspiración judeo-masónica contra el Régimen, me devolvieron el pasaporte, supongo que para ver si en Inglaterra había más suerte. Me fue siguiendo el jefe del SIM (Servicio de Inteligencia Militar) y debo decir que lo que descubrió allí fue ciertamente para pensar lo peor.

Mi maestro era judío y probablemente masón. Yo era vecino y buen amigo de Frank Ayres y de su mujer Anita, que vivían en el piso encima del nuestro. Frank era fundador del Partido Comunista Inglés, conocido de Lenin y fue correo de Negrín al final de la Guerra Civil. Pero por si eso no fuera bastante, en el entresuelo, justo debajo de nuestro piso, vivía Martínez Torner, también masón, que había sido profesor de música de mi mujer en la Institución Libre de Enseñanza. Al cabo de algún tiempo de andar de un lado para otro en el extranjero, fui invitado por la Facultad de Psicología de la Universidad de Caracas, cuyo Rector y equipo de Gobierno eran comunistas. Y para acabar de complicarlo las cosas resulta que antes de ir a Inglaterra, yo había sido secretario de José María Albareda, del *Opus Dei*, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Me imagino que, cuando el Jefe del SIM se enteró de todo aquello, se convencería de que mi versión ingenua de la encuesta era falsa. Dijera lo que dijera las apariencias estaban en mi contra y yo me convertí en lo que no era. Poco a poco las presiones fueron cediendo y cuando las aguas habían vuelto más o menos a su cauce me quedé un poco pensativo. Pensé que unos años antes, los resultados de la encuesta habrían sido otros, y que cuando pasará algún tiempo también serían diferentes. ¿Qué significaba entonces la palabra realidad?

III. ENTRA EN JUEGO EL AZAR

Mucho después, durante un viaje a Suecia, encontré por casualidad en una librería de Estocolmo una obra titulada *Appearance and Reality*. El título despertó en mí recuerdos de estas preocupaciones, al parecer más vivas de lo que yo creía. El autor era un *Fellow del St. John's Collage* de Oxford, llamado P.M.S. Hacker, que se había dedicado al estudio de las cualidades primarias y secundarias de los cuerpos, desde el punto de vista de la filosofía analítica². En el libro de Hacker

² P.M.S. HACKER, *Appearance and Reality. A Philosophical Investigation into Perception and Perceptual Qualities*. Oxford, 1987.

encontré observaciones muy interesantes en torno al problema de las apariencias. Comentando el asunto con una amiga que también venía de viaje, recordó que cuando ella estudiaba *Bellas Artes* leyó un libro de estética en el que se le daba también vueltas al tema. El título era un poco surrealista, *Einstein's Space and Van Gogh's Sky*, pero el subtítulo, *Physical Reality and Beyond*, prometía cosas interesantes³. Y en efecto las había.

Recordé entonces que en uno de sus mejores libros, *Naturaleza, Historia, Dios*, Xavier Zubiri había dedicado especial atención a la realidad y la había definido como "fuerza de ser", una manera de entender el problema que revelaba su formación germánica. En fin, las referencias empezaron a enredarse unas con otras, y llegó un momento en que me di cuenta de que la suerte estaba echada. El destino, el factor X, o el ángel de la guarda habían hecho de la realidad un problema pendiente. Dejé reposar la cuestión durante un tiempo, a ver si me iban ordenando las ideas que tenía y para empezar decidí enterarme de cómo se las arreglaban los diccionarios para definir la realidad y su opuesto, la apariencia.

IV. LOS DICCIONARIOS

Empecé por el clásico *Bailly*⁴, y comprobé que los griegos carecían de palabra para el vocablo "realidad". El término más próximo era *alétheia*, que significaba "verdad". De hecho, Platón y otros autores de su época solían emplear expresiones adverbiales como "en verdad", que podrían traducirse al castellano o al francés por expresiones como "en realidad", o "*en réalité*", pero no obstante la amplitud del campo semántico cubierto por el concepto de realidad en cuanto tal no llegó a existir jamás en Grecia. Lo que sí hubo fue atisbos de que la sustancia primordial, la "arché", que buscaban los filósofos de la naturaleza era una sustancia cualitativamente indeterminada, no accesible a los sentidos. Con todos los reparos que se quiera, esta observación fue como un anticipo del sustrato supraempírico que introduciría Kant en su criticismo trascendental.

La palabra "realidad" es un derivado del vocablo *res*, *rei*, del bajo latín, con el cual Cicerón designaba la cosa material, el cuerpo, la criatura, el ser, o la cosa en sentido vago y general. *Res*, *rei* también significaba lo que acontece, el suceso, lo que se hace, el comercio carnal, gestas, hazañas, coyunturas, circunstancias, estado de las cosas, de las mercancías, bienes, tierras, campos, posesiones, animales y un etcétera tan amplio que prácticamente cubría muchas de las activi-

³ LAWRENCE LESHAN y HENRY MARGENAU, *Einstein's Space and Van Gogh's Sky: Physical Reality and Beyond*, MacMillan Publishing Co.; New York, 1982.

⁴ A. BAILLY, *Dictionnaire Grec Français*, Librairie Hachette, 1894, París.

dades y las cosas que, muchos siglos después, cubriría el campo semántico de la palabra castellana “realidad”, “*re vera existens*” o “*physica rei exitentia*”. En castellano la palabra aparece a principios del siglo XV, en un texto de Enrique de Villena, del año 1427 o 1428 y en otro de *El Tostado*, del año 1437, significando “verdadero” como opuesto a “imaginario” o “ficticio”. Sólo que esto ocurre bastantes años después de que a Petrarca le ponen en Roma la Corona de Laurel y ya en Italia se anunciaba la *rinascita*, y con ella la alegría con que los italianos interpretaban a su aire las palabras.

Mi buen amigo y compañero de Academia Francisco Rodríguez Adrados, me confirmó que efectivamente a los humanistas del Renacimiento, sobre todo a los italianos, les interesaba más la libertad de las definiciones que su precisión. En el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, de Sebastián Covarrubias (1611), sólo aparece el término “real”, definido todavía como “moneda de plata” o como “el ejército, y particularmente el lugar donde está el Rey y tiene su tienda”, pero Covarrubias era más teólogo que filósofo. En el siglo XVI, la palabra ‘realidad’ es recogida en varios diccionarios europeos, en español, francés e italiano. Finalmente, el *Diccionario de la Lengua Castellana*, editado el año 1780, incluye ya el término real, significando “lo que tiene física y verdadera existencia” (*Revera existens realis*), y asimismo el vocablo *realidad* que es definido como “la existencia física y real de cualquier cosa”.

El actual *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE), recuerda que el término real viene del latín *res, rei* y significa: “Que tiene existencia verdadera y efectiva”. Como el adjetivo “efectivo”, además de “real” significa “verdadero”, refuerza el término “real” o su oposición a lo que no es verdad, a lo quimérico, dudoso o nominal. El vocablo *realidad* cuenta con tres acepciones. La primera dice: “existencia real y efectiva de algo”, que al final resulta no ser cierta. En la segunda acepción realidad significa: “Verdad, lo que ocurre verdaderamente”. En este caso, el término “verdad” supone una adición significativa a la semántica del término definido. “Verdad” es, según el propio DRAE “conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente”, bien entendido que las cosas a que se refiere esta conformidad son objetos físicos de los que siempre hay algún tipo de intuición sensible. De fenómenos mentales como ideas o pensamientos no hay propiamente concepto, y eso plantea complicados problemas a la hora de definir la realidad del mundo del pensamiento. Y finalmente, en su tercera acepción “realidad” se define como “lo que es efectivo o tiene valor práctico, en contraposición con la fantástico o ilusorio”. La contraposición existe, desde luego, pero no siempre.

Aparte de estas pequeñas observaciones, tengo la impresión de que el uso de términos que remiten unos a otros y a veces son sinónimos, conlleva una cierta circularidad de las definiciones. Por ejemplo ‘efectivo’ significa ‘real’ y ‘ver-

dadero', pero 'verdadero' quiere decir a su vez 'real' y 'efectivo', y 'real' significa que tiene 'existencia' verdadera, en el sentido que, dicho de una cosa, existir significa ser 'real' y 'verdadera', *e così v'ia*, que dicen los italianos. Digámoslo de una vez. Reforzar los significantes que determinan si algo es real o no, no dan razón sin embargo de cual es la naturaleza de ese algo. En su primera acepción, "realidad" se define como "existencia real y efectiva de *algo*", esto es, de un pronombre indefinido que designa lo que no se puede o no se quiere nombrar.

El *Diccionario de uso*, de Maria Moliner dice también que la palabra real procede del bajo latín "realis", derivado de "*res, rei*", cosa, y éste posiblemente de reor, contar —o la inversa—. El término *realidad* es definido como "cualidad de real; hecho de existir", "se aplica, por oposición a imaginario o inexistente, a las cosas que existen o han existido" y añade, "por oposición a lo ilusorio o fantástico, lo efectivo y que tiene valor práctico". Aclara que la palabra "esencia (designa) lo que una cosa es, prescindiendo de la apariencia con que se presenta a los sentidos".

El *Diccionario del Español Actual*, de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos, define la realidad en su primera acepción como "Cualidad de lo real", y alude a la relación de las diversas teorías del espacio con la clase de realidad de que se trata. De lo "real" dice simplemente "que tiene existencia verdadera". La segunda acepción define la realidad como "cosa real", "hecho cierto y verdadero" o "conjunto de lo real", donde lo real no se entiende sólo como la pura materialidad de las cosas, sino que ésta puede ir envuelta en un halo de poesía o trascendencia. Un aserto que, como las iniciales referencias al espacio, llevan a la metafísica.

Por lo demás, y esto es importante, las definiciones de los diccionarios varían a tenor del clima social del país, y del lenguaje en que se escriben. En un diccionario como el norteamericano *Webster*, se subraya mucho el hecho de que lo *real* no es artificial, decepcionante, aparente, falso o engañoso, sino genuino; no imaginario, sino "actual" (existente de hecho) y se refiere a las cosas, tal como sucedía en latín con la palabra *res*. *Real* implica un acuerdo entre lo que las cosas parecen ser y lo que son, tal como sucede en los ejemplos que se ponen al respecto.

Las diferencias son quizá más de fondo cuando el idioma del diccionario es el alemán. La palabra para *realidad* es *Wirklichkeit*, que se traduce también por 'existencia', 'autenticidad' o 'efectividad', palabra que subrayo porque es la que pone más de manifiesto la diferencia con las definiciones españolas. *Wirken* es un verbo que carga el acento en verbos como 'hacer', 'obrar', 'sacar adelante', 'producir', 'ser activo', 'efectivo', etc. *Werk* es un sustantivo que significa trabajo, labor, tarea, empresa, producción y otros términos que implican eficacia y acción. Se trata de una diferencia importante en la manera de entender la realidad, que existe generalmente entre los países nórdicos y los mediterráneos, que sin embargo no es la única ni la más importante de las que existen al respecto. La interpretación

tudesca da por supuesto la idea de que el movimiento propio de la naturaleza es ascendente y configura formas de auto-organización cada vez más perfectas en la adaptación al medio, hasta darle la vuelta al proceso y adaptar el medio a las necesidades del ser humano.

El Diccionario *Redes*, dirigido por Ignacio Bosque, que no define las palabras, pone de manifiesto sin embargo el novedoso uso combinatorio que se hace de ellas. Mucha gente piensa, dice Bosque, que no merece la pena detenerse a describir –menos aún a intentar explicar– lo que nos resulta natural y cotidiano. Pero casi todos los científicos y filósofos fundamentaron su trabajo en lo contrario. Cuanto más cercano nos parece un hecho, cuanto más acostumbrados estamos a él o más evidente se nos hace, mayor riesgo corremos de que nos pase inadvertido o lleguemos a la conclusión de que no hay nada que descubrir en él. Pues bien, el vocablo *realidad*, valga el ejemplo, en este diccionario que no define las palabras, aparece combinatoriamente en un centenar de textos ajenos al significado que los diccionarios de uso dan del vocablo “realidad”. *Aberrante, abrumador, actual, ajeno(a), apremiante, asfixiante, crudo, visos, aceptar* y así hasta un centenar son términos que combinan de hecho en textos reales con la palabra realidad⁵. Estas combinaciones son, en principio, posibles pistas de aspectos de esta palabra, que no se han tenido en cuenta en los diccionarios usuales.

V. LAS ÉPOCAS

La palabra “*época*”, del griego “*ἔποχῆ*”, significaba ‘parada’, “punto o lugar del cielo donde un astro se detiene” y con respecto al cual se fijaban las posiciones de otros astros y sus movimientos. Por extensión, una “*época*” vino a ser como un alto que la historia hacía en su camino para dejar que el momento estelar de una gran pueblo o una civilización brillara con luz propia y diera unidad al conjunto. Fue una idea que manejó Hegel en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Ahora bien, la modificación de las costumbres y de los modos de pensar suele pasar inadvertida cuando se produce y sólo se nota desde lejos, cuando ya van dejando de estar de moda o son sustituidas por otras nuevas.

En un libro que todavía no ha perdido interés, Rudolf Eucken⁶ hace notar que el problema de la dependencia del hombre con relación a su época había ocupado en todo tiempo a historiadores, escritores, filósofos y a mucha otra gente. Pero fue en el siglo XVII cuando el problema llegó a ser una cuestión controver-

⁵ REDES, *Diccionario combinatorio del español contemporáneo*, dirigido por Ignacio Bosque. S M, Madrid, 2004.

⁶ RUDOLF EUCKEN, *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo*. Daniel Jorro, Editor, Madrid, 1912.

tida. Autores de ese siglo imaginaron que había un *genium seculi* que dirigía las almas de los hombres y transformaba sus costumbres. En su *Icon animmorum*, Barclajus dice: “*Omnia secula genium habent, qui mortalium animus in certa studia solet inflectere*”. Con él están de acuerdo otros autores como el llamado Pater Firmanius que en 1663 titula uno de sus libros *Seculi genius*, y otros que no hacen ahora al caso. Este movimiento fue un precursor de otros posteriores como el *Volkgeist* y el *Zeitgeist*.

La palabra época se había aplicado desde el siglo XVIII en la enseñanza de la historia para designar un acontecimiento de singular importancia que “había hecho época”, es decir, había marcado el carácter de un período histórico. “Época” vino a designar entonces un período histórico marcado por un acontecimiento relevante que configuraba y daba unidad de sentido a sus actividades durante un tiempo, pero no era una Edad. En forma de Edad, la idea ya había aparecido antes, y casi corría el siglo XV cuando el historiador florentino Felipe Villani estableció una distinción entre las Edades antigua, medieval y moderna: *priscis, mediis modernisque temporibus*.

Dilthey definió la época como una estructura histórica centrada en sí misma, en la que las relaciones *ad extra* de captación objetiva mostraban una afinidad con las internas, pero lo cierto es que en una misma Edad podían sucederse distintas épocas como ha mostrado Kart Joel en su gran obra *Wandlungen der Weltanschauung*⁷. Por época se entendía una especie de articulación espacio-temporal en cuyo epicentro durante un tiempo se aminoraban los cambios, prevalecía cierta estabilidad de los usos y costumbres, así como un cierto de sentido de la vida, que por desgaste u otras razones, guerras, etc., inevitablemente acababa dando paso a otra época nueva. La fijación del momento exacto en que se iniciaban y acababan estos períodos es siempre difícil de establecer —se le suele llamar *via crucis* de la historia— aunque por otra parte es obvio que sin esos puntos de referencia la historia humana sería un torrente de datos inconexos sin posibilidad de ordenación. De todo esto me he ocupado en una obra mía a la que remito al lector⁸ y no voy a extenderme aquí.

VI. LA ASTUCIA DE LA NATURALEZA

A Kant no le pasó inadvertido el hecho de que las consecuencias de los cambios que el hombre hacía en la realidad solían ser distintas, a veces contrarias, de las que habían interesado a sus autores. Y a ese efecto de segundo grado lo

⁷ KARL JOEL, *Wandlungen der Weltanschauung*, 2 volúmenes Pauls Siebeck, Tübingen, 1928-1934.

⁸ JOSÉ LUIS PINILLOS, *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*, Espasa, 2ª edic., Madrid, 1998.

llamó *astucia de la naturaleza*, un mecanismo en virtud del cual las consecuencias de los cambios con los que el hombre abría brecha en la realidad acababan alejándose de lo que se habían propuesto sus autores. A la postre, la energía nuclear es la que, con independencia de sus muchos efectos beneficiosos en medicina, etc., ha puesto en peligro el futuro del mundo.

Para Kant la realidad, *die Realität*, es la primera de las categorías de cualidad que corresponde a la función afirmativa de juzgar. Junto con las restantes categorías de cualidad –negación y limitación– suministra los principios que anticipan la percepción. Como un principio puro del entendimiento, la realidad se define como lo que corresponde a una sensación general, o al concepto que señala que algo existe (en el tiempo). Y la categoría de realidad se opone a una segunda categoría de negación que representa la no existencia (en el tiempo). Kant advierte que aunque ese algo que se intuye en el espacio presupone la percepción, es menester tener presente que la percepción sólo es posible cuando su objeto tienen una magnitud intensiva, esto es, un grado. Con ello, lo que se pretende probar es que *la ausencia de realidad de una intuición sensible no puede percibirse* y que, por consiguiente, un espacio vacío o un tiempo vacío nunca pueden ser derivados de la experiencia. La categoría de realidad sólo puede aplicarse a la realidad empírica en el espacio y en el tiempo, pero no al espacio y al tiempo mismo. La dimensión crítica de la categoría de realidad es puesta de manifiesto en la Dialéctica Trascendental, donde Kant arguye contra la elisión –omisión de una o varias palabras sin que afecte al sentido de la frase– de la realidad y la existencia. En el contexto de la afirmación trascendental, la realidad es una idea de razón, un sustrato supraempírico, de la realidad sensible. Con esta visión de la *Realität*, Kant extiende el concepto de realidad fuera de sus límites categoriales, manteniéndolo no obstante como una idea de razón, en el ámbito más amplio de su proyecto crítico. De esta dualidad conceptual no tendremos más remedio que ocuparnos al final de esta ponencia⁹.

VII. LAS IDEAS Y LA MARCHA DE LAS COSAS

Voy ahora a retomar nuestro problema inicial, intentando aclarar desde una nueva perspectiva cual es la función que, en realidad y de verdad, desempeñan la ideas en el mundo en que vivimos. Para intentar explicarlo me temo que finalmente será inevitable recurrir de nuevo a Kant.

Una cosa es la realidad y otra muy distinta la idea que el pensamiento humano puede formarse de ella. En este sentido, conviene hacer desde ahora una

⁹ HOWARD CAYGILL, *A Kant Dictionary*, Blackwell, 1995, Oxford.

distinción entre dos conceptos que, aunque contengan elementos superpuestos, son de suyo distintos. Me refiero a los conceptos de “mentalidad” y de “ideología”¹⁰ De los clásicos estudios de Theodor Geiger¹¹ cabe deducir que la “mentalidad” es una actitud mental, un complejo de opiniones y creencias, mientras que las ideologías son sustancialmente teorías políticas. La mentalidad implica una disposición psicológica, mientras la ideología implica reflexión, interpretación personal, proyecto; la mentalidad viene primero, la ideología surge después; la mentalidad es amorfa y fluctuante, mientras que la ideología está modulada con la firmeza del que quiere gobernar. Y sobre todo, las ideologías contienen un fuerte elemento utópico, mientras que las mentalidades se acercan más al presente o al pasado. Ese elemento utópico que contienen las ideologías está mediado por la circunstancia de que la realidad jamás puede adecuarse del todo a la perfección de la utopía. En realidad siempre hay algo que falta o que se tuerce, e impide que las cosas alcancen la perfección que señala el ideal.

El final del siglo XX fue un momento de exaltación de las ideologías pacifistas. Daniel Bell, por ejemplo y *El fin de las ideologías*. Yo mismo escribí en la *Revista de Occidente* un ensayo en el que vaticinaba el triunfo definitivo de la razón contra la fuerza. Me equivoqué de medio a medio. Los hechos muestran que lejos de prepararnos para ofrecer una mayor resistencia a los cantos de sirena de las ideologías, le tecnología actual ha complicado cada vez más la tarea del individuo como ciudadano, como persona independiente capaz de pensar y actuar políticamente por sí mismo para oponerse a la marcha de las cosas, o sea, al habitual abuso y corrupción que suele llevar aparejado el disfrute del poder.

Verán. El ilusionismo era entonces un arte que practicaban ciertos magos en los circo y en los teatros. Yo tenía un mago en mi Compañía del Regimiento Gerona 18, que se hacia llamar Fu-Manchú y actuaba en publico con bastante éxito. A mi padre le preguntó de qué color quería, si verde o amarillo, el licor que le iba a servir de una jarra de agua. Mi padre dijo que amarillo, y él y yo que estaba a su lado vimos que el líquido que salía de una jarra de agua pura al llegar al vaso se convertía en el licor amarillo que había pedido mi padre. Ni mi padre ni yo jamás logramos explicarnos cómo lo hizo. A otros les servía de la misma jarra de agua un vaso de leche caliente, que salía en efecto casi hirviendo. Un día le pregunté al artista que cómo conseguía que la gente viera del modo que él quería las cosas que tenía delante de los ojos y me dijo que eso dependía de la forma de decirlo. Esa forma de decir las cosas se llama ideología, y es la que dominan los grandes políticos que dirigen las masas, los que mueve a unos grupos a enfren-

¹⁰ Cf. la obra de KARL DIETRICH, *The age of Ideologies. A History of Political Thought in the Twentieth Century*, Methuen, 1985, Londres.

¹¹ THEODOR GEIGER, *Die sociale Schichtung des deutschen Volkes, e Ideologie und Wahrheit*.

tarse a otros, a las limpiezas étnicas, a las guerras civiles o a las Mundiales. Tomar conciencia de eso, darme cuenta de eso, es lo que me ha hecho interesarme cada vez más por descubrir esa forma de decir que puede hacer de una paloma un buitre, o de un delfín un tiburón.

Aparte de la enorme capacidad de simulación que han alcanzado los medios de comunicación, hay otros factores que intervienen en el problema. Por ejemplo la supresión posestructuralista de los referentes del lenguaje, que favorece el pensar y hablar como querer. En todos los fines de época sucede que los significantes se desentienden de sus referentes originales y acaban significando lo que conviene a los hablantes, por ejemplo el matrimonio donde la madre es indispensable, entre personas del mismo sexo. Todo esto, y el hecho de que desde una cómoda butaca pueda contemplarse cualquier catástrofe sin que la sangre le manche a uno la alfombra, nos habitúa a olvidarnos al instante de lo que pasa y a buscar otro canal; fútbol, boxeo, carreras de motos o qué sé yo más. Mucho antes, Stuart Mill hizo una advertencia tan cierta e inútil como las que ha habido después.

“Un pueblo que carece del hábito de actuar espontáneamente a favor de los intereses colectivos, un pueblo que tiene la costumbre de mirar a sus gobiernos para que le digan lo que tiene que hacer en todas aquellas materias de interés común, un pueblo que espera que le den todo hecho excepto aquello que puede ser objeto de simple hábito o rutina, un pueblo así tiene sus facultades a medio desarrollar y su educación es defectuosa en una de sus dimensiones más importantes”.

A esta advertencia, le falta la energía y el filo que deben tener estas advertencias hoy. ¿Pero es qué acaso las estadísticas pueden determinar los comportamientos que deben ser “normalizados”? ¿Podemos desentendernos de los efectos que tienen sobre el hombre el incesante aumento de la velocidad y la clase de cambios que exige la economía? La ciencia ha dejado fuera de juego la subjetividad, esto es, la vida mental y la conciencia que deben guiar los actos humanos, la vida interior, y esto es lo que hay al parecer. Una modernidad contra sí misma.

VIII. CIENCIA Y CONCIENCIA

En algún sitio escribí que un fraile singular como el benedictino Francisco Rabelais (1494-1553), escritor y humanista perseguido por que sabía griego, el lenguaje de la herejía entonces, optó por mofarse de la ignorancia frailuna, y no dudó en dar la voz de alarma: “*sience sans consciencie n'est que ruine de l'âme*”¹².

¹² JOSÉ LUÍS PINILLOS, “Sobre la naturaleza de la mente”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, año LVIII, nº 83, 2003.

De nuevo el problema del movimiento incidía otra vez sobre la física. La reducción científica de lo que ocurre en el mundo a una concatenación causal necesaria, es lo que ha dado lugar a la exclusión del problema de la subjetividad. Es lo que ha justificado el famoso *dictum* de que hablar de la causalidad científica es una tautología, porque no hay más causas que las manejadas por la ciencia natural.

Este mecanicismo radical incurrió y continúa incurriendo en el error de identificar la continuidad de originación con la continuidad de lo originado. En la emergencia de los fenómenos naturales lo originado es algo que no había, una novedad emergente que debe considerarse como tal. En el problema de la mente y el cerebro es evidente que sin cerebro no habría mente, lo cual no implica que el cerebro *sea* la mente. Los fenómenos mentales son cualitativamente distintos de los cerebrales. Un ciego o un sordo de nacimiento entienden perfectamente una teoría física del sonido o de la visión, pero no tienen jamás la experiencia de percibir un sonido o color. Los fenómenos de conciencia son estrictamente personales, propios del titular de la misma. No se pueden mostrar al público los fenómenos de conciencia de una persona. No hay una observación pública, intersubjetiva, de un fenómeno mental. Ese dintel sigue siendo insalvable. Cabría decir que es algo *a priori*. El cerebro es la condición de posibilidad de una actividad mental cualitativamente distinta de su causa.

Las investigaciones cognitivas actuales pueden detectar qué es lo que ocurre mentalmente cuando se estimula cierta parte del cerebro, o viceversa que ocurre en el cerebro cuando una persona piensa o siente algo subjetivamente. Todo eso es importante, excepto que el fenómeno mental sigue siendo inobservable. Ciertamente, una persona puede contar lo que siente o piensa, y suponer que la unidad de la especie le permite creer que a los demás seres humanos les ocurre algo parecido. Es cierto, pero de hecho lo que oyen los demás son frases y palabras que es menester interpretar. Siguen sin poderse observar los pensamientos o sentimientos de los demás. Esa sigue siendo la barrera.

En 1957, me permití decir en Harvard que ese privilegio de intimidad propio del género humano permitiría a mucha gente, sobre todo inmigrantes, guardar para sí los sentimientos propios del *Muttersprache* (habla materna) y adaptarse perfectamente a las exigencias propias del *Fach* o *Sachsprache* (lenguaje técnico o habla usual). Me dijeron que no, que en la segunda generación todo eso se habría olvidado y los hijos de los inmigrantes hablarían y pensarían como los americanos. Yo me permití dudarlo, y los profesores de Harvard lo tomaron muy a mal. Si aún vive alguno de los que participaron en aquel coloquio, quizá haya pensado que el 11 de septiembre me dio desgraciadamente la razón.

Pero para terminar esta rápida ojeada al supercomplejo del problema de la realidad, déjenme hablar de la explosión con que al parecer tuvo principio el universo.

IX. EL BIG-BANG

Refiriéndose a la Creación del mundo, Tomás de Aquino dijo que no había más que dos opciones posibles para explicarla. La primera, que la materia era eterna y estaba sometida a un eterno retorno de lo mismo: desarrollo, decadencia, catástrofe final, y vuelta a empezar. La segunda, que Dios había creado un mundo cuyo tiempo no era circular, porque el mundo tenía un destino eterno. Yo creo que hay una tercera opción que no se ha tenido en cuenta.

El Big-Bang es según parece lo que inicia la formación del universo. Con anterioridad a esa explosión al parecer no había nada, o no se ha podido observar nada. Lo cual sin embargo, no quiere decir que no pueda haber habido algo invisible para el hombre. Platón afirmó que todo lo que produce efecto es real. Pero si esto es cierto, tendría que haber habido algo real que desencadenara la explosión originaria, algo real, eso sí, que no fuera observable. Podría ser una de esas fuerzas oscuras que de momento no se pueden observar, pero cuya existencia se deduce de sus efectos en los agujeros negros. O podría ser también el sustrato supraempírico, inobservable por principio, que supone Kant como causa incausada de lo que el común de los hombres llama realidad.

En *La aventura intelectual de Kant*¹⁵ un libro bien denso que no es precisamente de aventuras, señala Ilija Colón cómo desde la física y la biología actuales se ha puesto de manifiesto la insuficiencia o unilateralidad de la visión mecanicista de la vida. El principio regulativo de finalidad, al dar cuenta de la organización de los seres orgánicos al igual que de la creatividad humana, entronca con la teorías de auto-organización y con la lógica de la complejidad de I. Prigogine y algunos otros, con la teoría del conocimiento de R. Riedl, con las teorías evolutivas del pensamiento, con la teoría general de sistemas, con la biología de la numinosidad y con el pensamiento de todos aquellos que abogan por una concepción no solo mecanicista de la vida. La mecánica newtoniana no solo era incapaz de explicar la espontaneidad y libertad de la naturaleza, sino la espontaneidad que se manifiesta en los juicios estéticos. Avances recientes en la biología celular han significado un *turning point* en el tema del determinismo genético. Estos conocimientos pueden utilizarlos la filosofía y, la psicología y otras disciplinas para profundizar en la comprensión del mundo de lo humano. No podemos quedarnos de por vida afirmando que sólo hay una vía para construir la realidad. La realidad es de suyo alternativa y esta puerta no puede cerrarse para siempre con una llave mecánica. Einstein escribió una vez que el gran milagro del universo era su comprensibilidad. Intentemos, pues, comprender la dimensión humana y el sentido del mundo que habitamos.

¹⁵ ILIJA COLÓN, *La aventura intelectual de Kant*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.

